

1

Gavin Riley se había dado cuenta de que Elizabeth Darnell llevaba varios meses evitándolo. Y conocía la razón.

Tenía miedo de que la despidiera igual que había hecho su hermano Mick.

Mick jugaba en la NFL, la liga de fútbol americano, y él en la Major League Baseball, las Ligas Mayores de béisbol, así que sus situaciones eran bastante parecidas. Y dado que Mick era su hermano mayor, mucha gente pensó que él haría lo mismo, sobre todo tratándose de un tema de negocios como ese. Después de todo, había sido Mick quien contrató a Elizabeth primero y, en aquella ocasión, siguió su ejemplo.

Pero la gente se había equivocado. Él tomaba sus propias decisiones sobre su carrera y no siempre hacía lo mismo que su hermano. Además, incluso aunque Liz se hubiera inmiscuido en la vida personal de Mick, arremetiendo contra Tara, su novia, y el hijo de esta, y hubiera hecho casi todo lo humanamente posible para cabrear a su hermano, después había pedido perdón y tratado de arreglar las cosas con los tres. Sin embargo, sus disculpas habían llegado demasiado tarde.

La labor que realizaba un agente deportivo era valiosa para la carrera de un atleta, pero meterse en su vida amorosa podía ser el detonante para que el representante recibiera el beso de la muerte.

Sin embargo, Liz nunca se había inmiscuido en su vida amorosa. De hecho, le arrojaba mujeres encima como si fuera una *madame*. Mujeres muy guapas; actrices, modelos, el tipo de chicas que le gustaba llevar del brazo, así que no tenía ninguna queja al respecto. De hecho, Liz había hecho lo mismo con Mick hasta que su hermano se enamoró de Tara Lincoln; eso puso fin a todos los intentos que pudiera hacer Liz para ver su foto en la portada

de cualquier revista acompañado de la modelo o actriz de moda en busca de publicidad. Liz la cagó cuando trató de expulsar a Tara y a su hijo de la vida de Mick; esa fue la causa real de su despido.

Gavin estaba seguro de que esa era también la razón de que le hubiera estado evitando; temía que se pusiera del lado de Mick y la despidiera. Algo que él encontraba muy divertido. Elizabeth siempre vigilaba a sus clientes como un halcón a su presa, y que mantuviera un silencio absoluto hacía pensar que se había dado por vencida y dejaba que los buitres se lanzaran en picado sobre sus mejores clientes.

No es que él fuera el mejor jugador de la liga, pero Liz había estado a su lado desde que firmó el primer contrato, y no había dejado en ningún momento que otro agente se le acercara lo suficiente para hablar —o firmar— con él.

O quizá tenía algo que ver con lo ocurrido la noche que su hermano la había despedido.

Cuando Mick se largó de los vestuarios dejándolos a solas.

Liz se había acercado a él con los ojos llenos de lágrimas y con un aspecto muy vulnerable, algo totalmente impropio de ella.

De pronto, lo besó y se marchó.

No es que hubiera pensado mucho en ese beso durante los últimos meses.

No demasiado.

Después de desaparecer de su vista, no había vuelto a saber de ella; no le llamó ni le envió ningún correo electrónico, no se había acercado a él de ninguna de sus típicas maneras. Así que quizá fuera ese beso lo que la había hecho desaparecer y no el miedo a que la despidiera.

¿De verdad pensaba que no la perseguiría si realmente tuviera intención de poner fin a su relación profesional con ella?

Había llegado el momento de que se enfrentara a él y diera la cara.

No podía evitarlo para siempre, y menos en ese banquete que se ofrecía para el mundo deportivo, al que acudirían varios de sus clientes, incluido él, aunque sin duda ella estaba haciendo todo lo posible por esquivarlo.

Se había mantenido lejos de ella durante la mayor parte de la noche, permitiendo que revoloteara a sus anchas y abordara a varios de sus compañeros de béisbol. Le gustaba ver cómo se comportaba Liz en una sala a rebosar de deportistas de élite. Siempre conseguía captar la atención. Daba igual si la estancia estaba llena de mujeres más guapas, un hombre tendría que ser impotente o estar muerto para no fijarse en ella; en aquel pelo tan rojo como su deportivo favorito, en sus increíbles ojos azules, en la piel cremosa o en esas piernas tan largas que hacían que cualquier tipo se las imaginara rodeándole la cintura. Y ella exponía todos sus atributos con experimentada precisión. Era una bomba sexual andante a la que no faltaba un cerebro brillante. Sin duda, una combinación letal.

Se estaría mintiendo a sí mismo si no admitiera que se sentía atraído por Liz, pero tenía por norma no mezclar el placer con los negocios, así que buscaba placer en otros lugares. Liz era una gran agente; le había conseguido un contrato blindado para jugar en las Ligas Mayores con los Rivers de Saint Louis en cuanto salió de la universidad, y había trabajado muy duro para hacerle rico, tanto con contratos publicitarios de diferentes marcas como manteniéndole en su posición de primera base. No quería que eso se estropeará.

Además, dudaba mucho que Elizabeth fuera su tipo.

Él era muy particular sobre qué mujeres le gustaban y una topcapelotas como Liz no era, definitivamente, su tipo.

Sin embargo, tenían que dejar claras algunas cosas, y ella no podía seguir evitándolo.

El banquete casi había terminado y la gente comenzaba a marcharse. Liz se encontraba en ese momento con Radell James y su esposa, y los tres se dirigían hacia la puerta principal del salón de baile. Gavin salió por una puerta lateral y permaneció atrás, sin que le vieran, mientras ella se despedía.

Liz estaba increíble esa noche, con uno de sus trajes habituales. Era negro, que parecía ser uno de sus colores favoritos, y se ceñía a cada curva de su cuerpo. La falda terminaba justo por encima de la rodilla y los zapatos de tacón de aguja atraían las miradas hacia sus torneadas pantorrillas. No le quitó la vista de encima mientras accedía al exterior por las puertas principales del hotel, acompañando a Radell y a su esposa.

Él los siguió disimuladamente mientras ella seguía conversando, y se colocó al fondo para observarla, hasta que llegó el taxi de Radell y Teesha.

Cuando la pareja se marchó, Liz se apoyó en el muro de ladrillo y cerró los ojos. Parecía agotada... o derrotada. Estaba con la guardia baja.

Había llegado el momento de que él moviera ficha. Se puso delante de ella.

—Has estado evitándome, Elizabeth.

Ella abrió los párpados de golpe y le miró con sorpresa. Comenzó a apartarse de la pared, pero él la inmovilizó poniendo una mano junto a su hombro. Al otro lado había una planta, así que no podía escapar.

—Gavin... ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es un banquete deportivo. Sabías que estaba aquí. De hecho, diría que te has movido entre las mesas intentando no tropezarte conmigo en ningún momento de la noche.

Ella parpadeó y entreabrió sus labios pintados, pero no dijo nada durante unos segundos, en los que miró de un lado a otro como un animal acorralado que buscara una vía de escape. Jamás la había visto quedarse sin palabras.

Por fin notó que se relajaba, y la vieja Elizabeth regresó para plantar cara.

—No estaba evitándote, cariño —repuso ella pasándole un dedo por la solapa de la chaqueta—. Tengo un cliente nuevo y tuve que ocuparme de él. Ya sabes, presentarlo a las personas adecuadas y todo eso. Luego estuve hablando con Radell de un par de temas importantes. Lamento mucho no haberte podido dedicar algo de tiempo. ¿Necesitas algo?

—Sí. Tenemos que hablar.

Al instante desapareció del rostro de Liz cualquier muestra de calidez y frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

Entonces vio un brillo en sus ojos. Un brillo caliente que jamás había percibido antes.

Quizá solo lo había imaginado, pero él no era dado a imagi-

narse nada, y lo que vio le había tensado los testículos. Fue como el beso de aquella noche, algo que le pillaba desprevenido y que le hacía dudar de todo lo que pensaba sobre ella. Siempre se había mantenido a distancia de Liz porque la suya era una relación profesional. Además, ella no le prestaba demasiada atención, solo se comunicaban para temas relacionados con el trabajo. Jamás lo adulaba como hacía con otros clientes. Gavin siempre había pensado que no tenía interés personal en él, lo que no le parecía mal, puesto que no tenía problemas para encontrar mujeres con las que divertirse y las mujeres siempre daban con él.

Pero lo que acababa de ver en los ojos de Liz era... interesante.

—¿Sobre nosotros? ¿Qué pasa con nosotros? —preguntó ella.

—¿Has terminado ya con tus otros clientes?

La vio asentir con la cabeza.

—Vámonos a otro sitio a... —Deslizó la mirada por su cuerpo hasta detenerla donde la blusa de seda se ceñía a sus pechos. Luego subió la vista a su rostro, en busca de una reacción.

Ella tragó saliva y él siguió con los ojos el movimiento de su garganta.

Elizabeth parecía nerviosa. Estaba seguro de que jamás la había visto tan nerviosa antes.

Y eso era perfecto.

—...Hablar.

—¿A hablar?

—Sí. —Gavin se alejó de la pared e hizo señas al aparcacoches. Después de entregar al chico el ticket, tomó a Elizabeth de la mano para que esperara con él en la acera a que le llevaran el coche.

Por suerte, el banquete había sido en la ciudad donde los Rivers hacían los entrenamientos de pretemporada. Y eso resultaba muy conveniente, porque no había viajes que alteraran su agenda; ya tenía suficientes desplazamientos durante la liga y tener que subirse a un avión para asistir a un evento de esa categoría hubiera sido un coñazo.

Le dio una propina al chico y ayudó a Elizabeth a acomodarse en el asiento del copiloto antes de ocupar el sitio detrás del volante y poner rumbo hacia la autopista.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa.

Ella arqueó una ceja.

—¿Tienes casa? ¿Por qué no utilizas un hotel?

—Ya duermo en suficientes hoteles durante el tiempo que dura la liga. Quiero tener un lugar propio durante la pretemporada.

Condujo en silencio hacia el norte, hacia la costa.

—¿Es una casa en la playa?

—Sí. Está bastante apartada y puedo correr por las mañanas por la arena.

Ella se giró en el asiento.

—¡Maldito seas, Gavin! ¿Vas a despedirme? Porque si es así, prefiero que lo hagas de una vez. No me lleses a tu casa para que luego tenga que pedir un taxi para volver al hotel.

Él soltó una risita.

—Hablaemos cuando lleguemos allí.

—Mierda... —susurró ella, cruzándose de brazos y apoyando la cabeza en la ventanilla de la puerta.

Salió de la autopista y tomó la carretera de la playa hasta el garaje. Elizabeth se bajó del vehículo y le siguió al interior con la cabeza gacha, como si fuera un reo camino del cadalso.

Gavin encendió las luces y abrió la puerta corredera por la que se accedía al porche trasero.

—Bonito lugar.

Él se encogió de hombros.

—No está mal. ¿Quieres una cerveza? ¿Una copa de vino?

—¿Por qué? ¿Estás tratando de suavizar el golpe?

Él se metió las manos en los bolsillos e hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Vino? ¿Cerveza? ¿Otra cosa? —insistió.

Ella respiró hondo y soltó un audible suspiro.

—Un poco de vino está bien.

Gavin abrió una botella y le sirvió una copa antes de coger una cerveza de la nevera.

—Vamos fuera.

La casa tenía un enorme patio trasero, aunque suponía que allí

recibiría el nombre de terraza, balcón o algo similar. ¡Joder!, qué más daba cómo se llamara, solo sabía que se veía el mar y le gustaba sentarse allí por la noche para escuchar el sonido de las olas rompiendo contra la orilla.

Había un columpio para dos con cojines y un par de sillas. Liz ocupó una de las sillas y él la otra.

En cuanto Liz cogió la copa que le ofrecía, se la llevó a los labios para tomar varios tragos largos.

—¿Existe alguna razón en particular para que me hayas arrastrado hasta tu refugio en la playa en vez de decirme lo que necesitabas en el hotel?

Sí, quería desequilibrarla un poco. Siempre era ella la que poseía el control. Además, pretendía que Liz no utilizara una excusa cualquiera para irse.

Y... Bueno, ¡joder!, en realidad no sabía por qué la había arrastrado hasta allí, solo que necesitaba averiguar por qué llevaba meses sin verla. Siempre la tenía alrededor, como una mosca, hasta que ocurrió lo de su hermano. Desde entonces parecía que hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

—Por norma sueles llamarme dos veces a la semana y nos vemos una vez al mes.

Ella se encogió de hombros.

—Estabas concentrado en el final de temporada y yo estaba ocupada, muy ocupada. Luego llegaron las fiestas.

—Siempre lograbas coincidir conmigo en algún sitio para cenar juntos. Y, ¿cuándo fue la última vez que no pasaste las fiestas con mi familia?

Ella resopló.

—Tu hermano me ha despedido. Su prometida me odia. Creo que no hubiera sido adecuado que pasara las fiestas con tu familia.

—A mi madre no le importa nada de eso. Te adora y te considera una más de nosotros. Los negocios son una cosa y lo personal, otra.

—Para mí no. Y estoy segura de que Mick y Tara opinan como yo. No quise interferir en las celebraciones familiares, sé que no volveré a ser bien recibida en casa de tus padres —concluyó antes de apartar la mirada. Él tuvo tiempo de ver el dolor en sus ojos.

Esa era una faceta nueva de Liz. La examinó más a fondo; siempre había pensado que no tenía sentimientos, por lo que se planteó que aquello debía ser una actuación y que lo único que lamentaba era haber perdido a Mick como cliente.

—Podías habértelas apañado para verme en otra parte.

Ella se miró las uñas.

—He estado muy ocupada.

—Gilipolleces. Te has estado escondiendo desde que Mick te despidió.

Ella levantó la cabeza de golpe.

—No me he escondido. Perder a Mick ha sido un gran golpe financiero, tuve que buscar nuevos clientes para compensarlo.

Él se echó a reír.

—Te has hecho rica con Mick, conmigo y con los demás. No creo que lo hayas notado tanto.

—De acuerdo. —La vio terminar la copa de vino, levantarse, acercarse a la barandilla y mirar al océano—. Puedes creer lo que quieras, de todas maneras ya te has formado una opinión al respecto. Si me vas a despedir también, hazlo de una vez para que pueda largarme.

Él se puso de pie y se aproximó a ella.

—¿De verdad piensas que te he traído aquí para despedirte?

Liz lo miró.

—¿Y no es así?

Notó la expresión de vulnerabilidad de su rostro; jamás la había visto antes. Elizabeth era dura, poseía una confianza en sí misma que la hacía destacar como una estrella en la oscuridad. En ese momento esa actitud había desaparecido. Se la veía vulnerable, herida y temerosa.

Quizá, después de todo, no estuviera actuando. Estaba convencido de que no era capaz de poseer emociones reales, pero al parecer sí era capaz de sentir dolor, y no sabía cómo tomárselo.

La luz de la luna se reflejó en su pelo, haciéndola parecer una diosa iluminada por un fuego plateado. Por segunda vez en la noche, fue consciente de que Elizabeth era una mujer muy hermosa y deseable. Siempre que pensaba en ella la veía como un ambicioso tiburón, y eso era bueno porque, a fin de cuentas, era

quien controlaba la parte comercial de su vida. Claro que sabía que era agradable mirarla, y admitía que había admirado su figura más de una vez, pero jamás había pensado en ella como alguien que tuviera... sentimientos o emociones.

Cuando se fijó en la luz que jugaba en sus ojos, creyó ver lágrimas en ellos. Y también apareció algo más en su mirada cuando clavó la vista en él. Algo que había visto muchas veces en los ojos de otras mujeres.

Deseo. Necesidad. Hambre.

No podía ser. Liz era fría, la había visto tumbar a un delantero de más de cien kilos con su lengua viperina y sujetar al desalmado propietario de un equipo por los huevos y exprimirle para que soltara millones sin parpadear. Liz era despiadada y no tenía alma. Antes se arrancaría el corazón que demostrar que era vulnerable.

Había sido testigo de lo que le hizo a Tara y a su hijo sin pensar ni una sola vez en cómo les afectaría. Sencillamente los quería fuera de la vida de Mick. Emociones cómo qué sentirían ellos no entraban en la ecuación. Los consideraba una molestia y debía quitarlos del medio.

La pantomima que estaba representando ahora para él solo era eso, una pantomima. Una manera de ganarse su simpatía, de distraerlo para que no dejara de contar con ella. Perder clientes era malo para el negocio y Liz vivía para su trabajo. Por lo que él sabía, ni siquiera tenía vida personal; comía, respiraba y dormía pensando en su agencia, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Así que, sí, ¿Elizabeth vulnerable? Era para reírse a carcajadas. Las lágrimas eran de cocodrilo y él no se las creía. Y con respecto a la idea de que lo deseara... no era cierta tampoco. Siempre había sido directa con él, por lo que no entendía el juego que se traía ahora entre manos.

—Liz, ¿qué pretendes?

Ella frunció el ceño.

—¿Perdón?

—¿Qué pretendes hacer ahora?

Ella puso los ojos en blanco.

—No sé de qué me hablas, Gavin. Eres tú el que me ha traído

aquí, ¿recuerdas? —Le tendió la copa de vino—. Mira, o me dices la razón por la que me has secuestrado o me rellenas el vaso. Estás volviéndome loca.

Lo mismo que él pensaba. Tomó la copa y se fue a la cocina, terminando la cerveza por el camino.

Cuando volvió a salir se la encontró descalza y sin la chaqueta. El viento parecía querer deshacer su peinado como si deseara que sus cabellos volaran, salvajes e indómitos.

Le gustaría verla salvaje e indómita, pero estaba seguro de que en la cama también le gustaría dar órdenes.

Jamás había unido a Liz y al sexo en la misma frase, prefería mantener los dos temas separados. Así que ¿por qué ahora sí? ¿Era por culpa de la mirada que ella le había dirigido antes?

¡Joder! No quería pensar en ella de esa manera.

La vio estremecerse y frotarse los brazos.

—¿Te doy la chaqueta?

—No. Soy friolera por naturaleza.

Podría sacar punta a eso, pero decidió dejarlo pasar. Le tendió la copa de vino y se sirvió un whisky de la botella que había llevado consigo. La cerveza no había sido suficiente.

Había llegado el momento de ponerse manos a la obra y explicarle por qué la había llevado allí esa noche.

—Cometí un error con Mick —comentó ella sin mirarlo, con los ojos clavados en el mar—. Pensaba que podría manejarlo como a una marioneta, que sabía lo que era mejor para él, pero no tenía ni idea. No le escuché cuando me dijo que estaba enamorado de Tara, pensaba que solo era una aventura. Sin embargo, la amaba y eso era algo que no entraba en mis planes.

Aquello era nuevo. ¿Liz confesándose con él? Solían hablar de negocios y a veces tomaban unas copas juntos, se reían y hablaban de deportes. Nunca trataban temas personales. Nunca.

—¿Por qué no querías que se enamorara de ella?

—Porque si lo hacía, todo cambiaría.

—¿El qué?

—Mick era muy tolerante. Siempre podía contar con él para que apareciera con una actriz o una modelo, no ponía pegas a promocionarse de esa manera. Siempre aceptaba lo que le sugería.

Su cara aparecía en la portada de muchas revistas y su nombre estaba en todas partes. Le convertí en un hombre famoso.

Él se acercó.

—Fue su brazo lo que le hizo famoso, Liz.

Ella curvó los labios con expresión melancólica.

—Su brazo solo es una parte. No comprendéis el mundo de la publicidad. Creéis que lo único que tenéis que hacer es jugar bien, cuando se trata de mucho más. —La vio vaciar la copa y dejarla sobre la mesita—. Ser bueno en un deporte solo es una parte de lo que convierte a un deportista en un icono. La prensa amarilla, los medios de comunicación, las fotos y los contratos publicitarios... Todo eso es lo que lo hace realidad.

Ella se volvió hacia él.

—Podrías ser el mejor primera base de toda la liga, pero si no consiguiera que te llovieran las ofertas para anunciar desodorante, maquinillas de afeitar o ropa interior, el público no sabría quién eres. Eso solo se consigue si ven tu cara ocho veces al día en la tele, en los periódicos o en internet durante la temporada. Lo otro no le importa a nadie, Gavin. Da igual que tengas un promedio de bateo de .338 y que tu media sea superior a cuarenta y un *homeruns*, que hayas ganado el sexto Guante de Oro consecutivo o que te consideren el jugador más valioso de la liga. Eso no le importa a nadie. Les importa solo porque los medios de comunicación les dicen que debe importarles. Y a los medios de comunicación les importa porque yo reclamo su atención.

»Vosotros lo único que queréis es jugar bien, ligar, comprar coches caros y estar guapos. Os gusta tener esos contratos publicitarios por el dinero que representan, pero no os dáis cuenta de lo implacable que es ese mundo, de lo difícil que resulta conseguir esas ofertas. Hay cuarenta chicos esperando para ocupar vuestro puesto en cada anuncio que hacéis y me pagáis para conseguir que os elijan a vosotros. No solo para negociar vuestro contrato con el club, sino también para que busque esas ofertas, para que vuestra cara aparezca en *Sports Illustrated*, para que hablen de vosotros en *People*. Para eso me pagáis y para eso me necesitáis.

Liz se apartó de la barandilla y se tambaleó hasta la cocina.

¡Joder! No sabía de qué iba todo eso, ya era consciente de todo lo que ella hacía por él. Era buena, ¿verdad?

Sin embargo, le gustaba mucho más la Elizabeth luchadora que la Elizabeth vulnerable. Era mejor que le siguiera la corriente y viera a dónde llevaba todo eso.

¡Mierda! Liz se apoyó en la encimera y tomó otro buen trago de vino, deseando no haber accedido a ir allí con Gavin.

Abrirle su corazón había sido una estupidez. Jamás le confiaba nada importante; con él todo había sido siempre superficial. Ella le decía lo bueno que era, o que le había conseguido una sesión de fotos. Renegociaba su contrato y conseguía una oferta mejor... Y eso era todo. No hablaban de nada más profundo.

Siempre se mantenía distante con él, encontrándose solo en lugares multitudinarios o eventos públicos en los que estaría a salvo.

Y tenía buenas razones para ello.

La primera era que tenía cuatro años más que él y no salía con chicos más jóvenes. Punto.

La segunda, que estaba enamorada de él desde hacía años.

Y la tercera, que él era total y completamente ignorante de ese hecho, y ella tenía intención de que siguiera siendo así.

Oh, claro que coqueteaba con él; lo hacía con todos sus clientes. Se trataba de banalidades y bromas absurdas. Jamás había querido que Gavin pensara que se comportaba con él de una manera diferente al resto. Y sabía que él no se imaginaba nada porque, salvo que fuera un tema de negocios, le prestaba muy poca atención, ¡gracias a Dios!

Pero sí lo trataba de manera diferente porque sentía algo diferente por él. Y mantenía la distancia por lo que le hacía sentir.

No sabía cuándo había ocurrido. Dios sabía que trató de evitarlo... pero había algo en él. Quizá fuera su tez bronceada con aquellos hipnotizadores ojos verdes, o la manera en que el pelo castaño oscuro le caía sobre la frente, o lo sexy que resultaba su perilla. Quizá fuera por aquel cuerpo delgado que mantenía en forma con entrenamiento diario en el gimnasio y la práctica de

deportes distintos del béisbol. Quizá fuera por cómo trataba a los niños que se acercaban a él en el campo, siempre dedicándoles su tiempo para hablarles o firmarles autógrafos. Era un gran deportista y ganaba millones de dólares, pero no hacía gala de ese egocentrismo que mostraban muchos de sus clientes. Era un hombre muy agradable.

Sin embargo, lo que más amaba de él era su sonrisa. Había algo pícaro y diabólico en la sonrisa de Gavin. La sonrisa de quien oculta un secreto, el tipo de sonrisa que conseguía que cualquier mujer quisiera saber qué estaba pensando.

Había sentido mucha curiosidad por aquella sonrisa cuando lo conoció y él la miró de la manera en que un hombre mira a una mujer. Pero en cuanto firmó con ella, desapareció la sonrisa y la mirada. No la había vuelto a mirar de esa manera nunca más. ¡Oh!, le había visto lanzar esa mirada a muchas mujeres, y fueron muchas las veces que se arrepintió de que fuera su cliente, a pesar de que se había entregado al cien por cien como agente.

Pero lamentaba con deplorable nostalgia que jamás hubiera vuelto a brindarle su pícaro sonrisa.

Hasta esa noche. Esa noche, a la salida del hotel, la había mirado de esa manera por primera vez desde que se había convertido en su cliente. La miró como la miraría un hombre que estuviera interesado en mantener relaciones sexuales con ella. Había contenido el aliento y por un breve instante se preguntó...

—¿Estás ocultándote aquí?

Se giró para enfrentarse a él mientras apretaba la copa vacía entre los dedos.

—Estaba sirviéndome un poco de vino.

Él miró la copa.

—Está vacía.

—En efecto. —Levantó la botella—. Y también lo está la botella.

Gavin se acercó a la vinoteca y sacó otra. Tomó el sacacorchos y la abrió antes de rodearle sus tibios dedos con los de él para sostener la copa mientras volvía a llenársela. No dejó de mirarla a los ojos ni un solo instante durante todo el proceso.

—Todavía tienes las manos frías.

Y volvió a verla.

Aquella sonrisa que le había dirigido a la salida del hotel una hora antes. La que creyó que jamás volvería a ver. Notó una contracción en lo más profundo del vientre y ¡oh, Dios!, se le endurecieron los pezones. Se preguntó si Gavin podría verlo por encima del sujetador y la fina blusa de seda.

—Estoy bien.

—De acuerdo. —Él tomó su mano y ella se mordió el labio inferior.

—Vas a tener que pasar aquí la noche.

—¿Cómo? —Tragó saliva.

—He bebido demasiado para conducir. Y si yo no conduzco, tendrás que quedarte aquí.

—Ah... Mmm, podría llamar un taxi.

Él sonrió.

—Podrías... pero no quieres, ¿verdad?

¿Qué? ¿De qué demonios estaba hablando? ¿Estaba ligando con ella?

¡Oh, no! ¡Oh, no!

Fue en busca de su bolso y sacó el móvil.

—Voy a llamar un taxi.

Él le agarró la muñeca y se inclinó hacia ella.

—No hemos terminado todavía, Liz.

No se estaba refiriendo a hablar. Ella lo sabía y él también.

—¿Por qué ahora, Gavin? ¿Por qué, después de todos estos años, estás haciendo esto?

—¿Por qué tenemos que analizarlo?

El corazón le latía con tanta fuerza que se preguntó si Gavin podría oírlo.

Vio cómo él dejaba el móvil en la encimera, lejos de su mano.

«Llama a un taxi. Vete a casa, Elizabeth. ¡Sal de aquí antes de cometer una verdadera estupidez!».

—Gavin, no me acuesto con mis clientes.

Él curvó los labios.

—¿Quieres que te despida para poder follar contigo?

Elizabeth comenzó a arder. ¿Por qué estaba haciéndole eso?

—No particularmente.

—¿Quieres follar conmigo?

No podía respirar. ¿Qué podía responder a eso?

«Una mentira, estúpida. Sigue mintiendo como has hecho durante los últimos cinco años».

Gavin se desplazó hasta la isla central con los movimientos felinos de un depredador, acorralándola al poner las manos a ambos lados de sus caderas.

—Liz, estás jadeando. ¿Te doy miedo?

—No.

Él se acercó todavía más, hasta que su pelvis rozó la de ella, haciéndola sentir la dura protuberancia de su erección. Fue entonces cuando desapareció hasta la última pizca de su sentido común.

Gavin se inclinó para apretar los labios contra su cuello, y ella notó el roce de su pelo en la mejilla. Respiró hondo e inhaló su aroma; se dio cuenta de que jamás había estado tan cerca de él. Olía a jabón y a todo lo que había soñado. Se aferró a la encimera de granito con tanta fuerza que le dolieron los dedos.

Intentó tragar saliva, pero se había quedado seca. Al menos tenía la garganta seca, porque por debajo de la cintura estaba mojada, preparada para que él se deslizara en su interior y le diera lo que había imaginado durante los últimos cinco años. Su sexo palpaba de anticipación; notaba los pechos calientes e hinchados. Notaba vibrar su clítoris de tal manera, que si él se frotara contra ella, aunque fuera ligeramente, se correría con solo pensar en lo bueno que sería el sexo entre ellos.

—Gavin —gimió.

—Tócame, Elizabeth —murmuró él, deslizándole la lengua por el cuello—. Pon las manos sobre mí y dime que esto es lo que quieres.

¡Maldito fuera! ¡Maldición! ¡Maldición! ¿Cómo podía negarse? ¿Cómo podía no tomar lo que tanto deseaba?

Pero eso lo cambiaría todo entre ellos. Y, sin duda, haría que perdiera a Gavin como cliente.

En ese momento, Gavin empujó su pelvis contra la de ella y se derritió. Subió los brazos y enredó los dedos en su pelo. Tiró con fuerza para verle la cara, y la necesidad salvaje que vio en sus ojos hacía juego con la suya.

Gavin le cubrió la boca con la de él al instante, avivando el fuego que ella había ahogado durante tantos años. Explotó cuando le deslizó la lengua entre los dientes.

Había soñado con sus labios, con el sabor de su boca. Sabía a whisky y a la promesa de sexo caliente. Él le lamió el labio inferior, se lo mordisqueó mientras ella dejaba que sus dedos se perdieran en su pelo, lo único suave en él durante el tiempo en que su boca asoló la de ella. Era consciente de que no habría nada sosegado en Gavin; era dureza y dolor, y se deleitó en ello mientras él introducía la lengua en la boca y la enredaba con la de ella, chupándose hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Emitió un gemido entrecortado cuando Gavin la sujetó por las caderas para sentarla en la encimera y colocarse entre sus piernas. Entonces le clavó los dedos en las nalgas y la presionó contra él. La soltó para sacarle la blusa de la cinturilla de la falda y pasársela por la cabeza con un brusco movimiento.

Lo vio deslizarse la mano por su garganta, entre sus pechos, y se reclinó para poder observar cómo ahuecaba su curtida y bronceada mano sobre la copa del sujetador.

—Es muy sexy, Elizabeth. —Gavin la miró a los ojos antes de bajar los suyos de nuevo al sujetador. Deslizó el encaje a un lado y dejó al descubierto el pezón, ya duro y erizado—. Y tus pechos también lo son.

Ella contuvo el aliento cuando él se inclinó para cubrir el enhiesto brote con los labios. En el momento en que sintió la cálida succión, dejó de respirar por completo y volvió a aferrarse a su cabello. No podía creer lo que estaba sucediendo. Todas aquellas ardientes fantasías que había imaginado, en las cuales se acostaba con Gavin, iban a hacerse reales.

Jamás había creído que los sueños pudieran convertirse en realidad. Era posible que estuviera un poco bebida, pero también sabía que seguramente jamás volvería a ocurrir nada parecido, por lo que pensaba atesorar cada momento en su memoria para no olvidarlo jamás. La succión de sus labios en el apretado pezón, la visión de la cabeza oscura contra sus pálidos pechos, el olor de Gavin inundando sus fosas nasales cada vez que respiraba profundamente o la forma en la que se sentía consumida por él.

Cada una de sus fantasías se centraba en ser poseída por él... Había sabido que sería así.

Y nunca, jamás, le diría lo mucho que significaba para ella. Tenía que mantener el control porque no quería que él supiera el poder que podía llegar a ejercer sobre ella.

«Nunca des a un hombre poder sobre ti, o te destruirá».

Ella vivía bajo esa idea y, sin embargo, ahora estaba perdida en un lánguido esplendor.

Ya recobraría luego el control, pero en ese momento se dejó llevar mientras Gavin retiraba la otra copa del sujetador y se concentraba en el otro pezón, usando sus dedos como había hecho con su boca húmeda. Y cuando la miró, sus ojos poseían un brillo oscuro que la hizo derretirse sobre la encimera, rindiéndose de manera incondicional.

Él le subió la falda por encima de las caderas y puso la palma de la mano sobre su sexo al tiempo que le sonreía de esa manera que siempre había querido que le sonriera, con aquella sonrisa secreta que había reservado para otras mujeres, no para ella.

—Llevas una ropa interior muy sexy, Elizabeth. ¿Siempre la usas así o te la has puesto esta noche porque tenías intención de seducir a alguien?

Ella se forzó a responder.

—Siempre la uso así.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con un hombre?

Ella entrecerró los ojos.

—No es asunto tuyo.

—Respóndeme —exigió él, al tiempo que deslizaba la mano por su sexo.

Ella contuvo la respiración.

—No.

El placer la atravesó bajo el hechizo de aquellos dedos juguetones, pero Gavin se detuvo.

—Elizabeth, ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con un hombre? —repitió.

Sabía que no debía darle ese tipo de control, que ya le había dado demasiado.

—Gavin, ¿cuándo fue la última vez que te acostaste con una mujer?

Él deslizó un dedo bajo el borde de las bragas, y ella supo que si llegaba a acercarse al clítoris se correría sin remedio.

—¿Quieres que te chupe el coño? Quieres correrme, ¿verdad?

Comenzó a palparle el sexo cuando su mente se vio inundada por imágenes en las que tenía la cabeza de Gavin enterrada entre las piernas mientras le azotaba el clítoris con la lengua hasta que gritaba, presa del éxtasis.

—Sí, quiero correrme, Gavin.

—Entonces, respóndeme.

—¿Por qué quieres saberlo?

Él se encogió de hombros sin dejar de acariciar con suavidad el sedoso material de sus bragas. Era solo un roce, un susurro sobre su sexo, pero suficiente para que lo sintiera... aunque ansiaba más.

—Quiero saberlo. Dime, ¿cuánto tiempo hace?

—Dos años.

Frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Joder, Liz! ¡Mírame!

Se forzó a bajar la vista. Él apartó el delicado material de sus caderas y se lo arrancó. Ella contuvo el aliento; lo vio sonreír antes de lanzar muy lejos los restos de las carísimas bragas. Notó la frialdad de la encimera de granito en las nalgas y se estremeció.

—¿Está fría?

—Un poco.

Gavin deslizó la mano debajo de su trasero y la alzó levemente, luego posó la boca en su sexo.

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Qué bueno era! Se incorporó para observarlo mientras deslizaba la lengua sobre su clítoris. A continuación lo vio arrastrarla por sus pliegues empapados hasta empujarla en su interior.

—Gavin... —susurró, estremeciéndose por las sensaciones que provocaba en su carne.

Había pasado mucho tiempo desde que la tocó un hombre. Y

tenía buenas razones para ello; el sexo era demasiado complicado y, con frecuencia, poco satisfactorio.

Se rindió por completo a él, dejando escapar aquellos pensamientos, y se permitió sentir, experimentar la magia que él conjuraba cuando le chupaba el clítoris, cuando deslizaba la lengua de arriba abajo de su sexo, lamiéndola hasta que ella jadeaba de manera entrecortada.

Él la agarró entonces por las muñecas y la sostuvo, hundiéndole los dedos en la piel. El dolor solo hizo más intensas las sensaciones cuando la llevó al borde del control.

Le avergonzaba pensar que no iba a durar. Quería estirarlo porque era el goce más dulce que hubiera sentido jamás. Era magia pura y solo la disfrutaría una vez, pero la marea que traía consigo el orgasmo no tardaría en envolverla, y pronto se arqueó, gritando, poseída por un clímax que tensó sus terminaciones nerviosas con un insostenible placer. Gavin apretó todavía más su agarre mientras lamía todo lo que ella tenía para ofrecer.

Notó que se estremecían todos sus músculos y él la ayudó a incorporarse, con el rostro mojado por sus fluidos. Al verlo, utilizó el pulgar para limpiarle la barbilla, pero él tomó su mano y chupó el dedo con una mirada oscura, llena de insaciable deseo. Después, Gavin le entregó la copa de vino y ella la vació con rapidez, intentando saciar la sed que le secaba la garganta, aunque no serviría para satisfacer la sed que tenía de él.

Mucho se temía que necesitaría mucho tiempo para apagarla.

Gavin la tomó en brazos y la dejó en el suelo. Lo único que la cubría eran la falda y el sujetador retorcido. Sin embargo, él estaba completamente vestido, aunque la dura erección presionaba contra los pantalones oscuros.

—Vamos —la arrastró, cogiéndola de la mano.

La condujo por el pasillo, descalza por el suelo de madera, hasta el dormitorio principal, decorado en tonos burdeos y crema. Las amplias ventanas con vistas al océano dominaban la estancia, y ella deseó que fuera de día para poder ver el exterior. Las puertas de cristal que daban acceso a la terraza estaban abiertas y permitían el paso de una suave brisa que movía el ventilador que giraba perezosamente sobre...

¡Oh, Dios!

...Una cama tan grande que podrían dormir en ella por lo menos seis personas.

Ahora entendía por qué a Gavin le gustaba tanto esa casa.

Era por la cama. Tenía que ser por eso.

Se preguntó cuántas personas habrían usado a la vez esa cama.

—¿Habías alquilado antes esta casa?

—Esta casa es mía, Elizabeth.

Sí, tenía su lógica.

—¿Sueles organizar muchas orgías? —preguntó al tiempo que entraba en la habitación y se detenía a los pies del enorme lecho con dosel.

Lo vio fruncir el ceño.

—¿Cómo?

—Que esta cama no está hecha para que duerman en ella solo dos personas.

Él continuó mirándola con confusión antes de bajar los ojos a la cama.

—Ah. Es que yo me muevo mucho. Me gustan las camas grandes.

—Gavin, esto es mucho más que una cama grande. Es el tipo de cama que codiciaría un polígamo.

—Elizabeth, no me van las orgías, te lo aseguro. —Lo vio coger un mando de una de las mesillas de noche, apretar un botón y cerrar las ventanas.

—¡Oh, por favor, no! No las cierres. Me encanta que estén abiertas y entre la brisa. De todas maneras no tienes vecinos.

Él volvió a presionar el botón para abrirlas.

—Gracias.

—Desnúdate —le dijo a la vez que arrojaba el mando sobre la mesilla.

—Te gusta demasiado dar órdenes —comentó ella, poniendo los brazos en jarras.

Él se acercó a los pies de la cama y se apoyó allí de manera casual.

—No me obligues a repetirlo de nuevo.

Ella dejó caer la cabeza y soltó una carcajada.

—¿O qué? ¿Vas a zurrarme? Si quieres que esté desnuda, Gavin, vienes aquí y me quitas la ropa.

Él le lanzó una mirada oscura y, ¡Oh, Dios!, ahí estaba de nuevo... aquella sonrisa que hablaba de profundos secretos.

Pero la sonrisa desapareció cuando la miró fijamente, tragada por el remolino de calor que oscurecía sus ojos. Lo vio avanzar hacia ella...

...Y se estremeció al instante.

Y era una mujer que nunca temblaba.

No supo si se trataba de excitación o deseo primitivo, porque él llegó junto a ella al instante, le arrancó el sujetador y lo tiró al suelo. Luego apresó la falda y ella sintió la fuerza de sus manos en la cremallera.

—Espera. De acuerdo, me la quitaré yo.

Él se detuvo y dio un paso atrás para mirarla con una sonrisa, mientras ella se bajaba la cremallera y dejaba caer la falda al suelo.

—Idiota... —dijo ella mientras levantaba los pies—. Esa ropa interior cuesta una fortuna.

Gavin no se disculpó. Se dedicó a estudiar su cuerpo desnudo con una intensidad que hizo que cualquier rastro de enfado que ella sintiera desapareciera bajo la voracidad de su mirada.

Lo vio desabrocharse la camisa, quitársela y lanzarla sobre la falda. Luego abrió el botón de los pantalones y se bajó la cremallera. Se quitó los zapatos antes de deshacerse de los pantalones y de los calzoncillos. Su erección se balanceó ante ella, haciendo que se lamiera los labios. Anheló sentir su miembro entre los dedos, en su boca.

Él era magnífico. Lo que había imaginado y más. Fibroso, con marcados abdominales y bíceps musculosos, bronceado y atractivo. Y cuando la atrapó entre sus brazos, no se le ocurrió ningún lugar en el que prefiriera estar. A pesar de que sabía que había un millar de razones por las que no debería estar haciendo eso, había más de un millón por las que sí quería.